



**U.S.A. 80 (y II)**

# EL PARAISO QUE PROMETE RONALD REAGAN

**THOMAS G. BUCHANAN**

**S**i los judíos y la población negra progresaron y ahora ocupan una posición relativamente más acomodada que cuando yo vivía en los Estados Unidos, debe de haber algún grupo que esté en peor situación económica: la élite tradicional que gobernó el país desde antes de su fundación y conservó un "modo de vida" que era específicamente anglosajón.

Los primeros colonizadores que llegaron en el "Mayflower" y en otras naves como esa procedían principalmente de las clases sociales bajas de Inglaterra. Pero tan pronto como fue posible vivir con comodidad en América, los aristócratas empezaron a seguirlos. La ley inglesa de la primogenitura, al contrario que la francesa, conservaba intactas todas las grandes propiedades. Por este hecho, los hijos pequeños de las familias aristócratas tenían fuertes motivos para emigrar a las colonias del Imperio británico en expansión y conver-

tirse en administradores de las mismas. Construyeron casas que eran "exactamente igual de buenas" que los castillos que habían dejado tras de ellos y tenían como criados a los esclavos africanos, que ocupaban el lugar de los siervos que habían servido durante generaciones a sus antepasados. Su riqueza se basaba en las tierras donadas por el Rey; era principalmente agrícola y feudal.

En el siglo XIX esta clase fue víctima de una revolución burguesa que transfirió el poder a los nuevos ricos que poseían fábricas y Bancos al Noroeste del país. Los nuevos gobernantes eran, sin embargo, anglosajones como sus predecesores. Pero ahora el cambio étnico había empezado desde abajo. Para trabajar en las fábricas no se podía encontrar el nuevo proletariado entre los esclavos de África, que no tenían los conocimientos necesarios. De manera que había que importar a estos trabajadores de los países europeos más pobres: Irlanda,

Italia y la Europa del Este. Prácticamente ninguno de dichos inmigrantes era protestante anglosajón como la gran mayoría de los que lucharon en la guerra de la Independencia y redactaron la Constitución, típicamente anglosajona, con su "Declaración de derechos" y esfuerzos para asegurar la administración descentralizada.

Los escandinavos, los holandeses y los alemanes se integraban fácilmente cuando venían a los Estados Unidos durante el siglo XIX, ya que, igual que los ingleses y que los escoceses, eran principalmente protestantes y tenían muchos puntos en común, un estilo de vida y tradiciones que les distinguían de los que habían empezado a venir en las dos últimas décadas del siglo y habían monopolizado la inmigración desde entonces hasta la última oleada de disidentes húngaros y otros anticomunistas de Europa del Este, chinos de Formosa, judíos de la destrozada Israel y refugiados de Viet-

nam y de Camboya. No tengo el propósito de discutir aquí si el primer grupo de inmigrantes fue "mejor" que el segundo, pero es un hecho que todas las instituciones del país eran proyectadas para los anglosajones. Si estas instituciones se están derrumbando puede que todo esto esté relacionado con el cambio cualitativo producido por la acumulación de cambios cuantitativos en la composición étnica. Esta es por lo menos la postura de la "mayoría silenciosa" de América, y merece la pena investigar. Para hacerlo, es necesario encontrar primero a los anglosajones.

Algunos de ellos están en las tierras que una vez les pertenecieron —después de robárselas a los indios—. Hay un cementerio particular en el parque más grande de Baltimore, llamado "Druid Hill", donde únicamente están enterrados miembros de la familia de mi padre. Pertenecía a las propiedades del doctor George Buchanan cuando llegaron a Baltimore mis primeros antepasados, pero lo vendieron hace un siglo. La ciudad, después de comprar la propiedad, instaló en ella un zoo.

Más o menos ocurrió lo mismo con la propiedad que pertenecía a la familia de mi madre, y donde Robert Gilmore construyó una mansión parecida a una en la que él había vivido en Escocia, y la llamó "Glen Elie". Igualmente la ciudad la compró en el siglo XIX. A la ciudad no le interesaban las construcciones y permitió que toda la propiedad se derrumbase. Sólo les interesaba el lago

que mejor ahora", pero no dijo más. Permitted que su mujer hablase. Era su segunda mujer. La primera le había dejado cuando empezó a beber.

Su actual esposa también había estado casada antes y tiene un hijo de treinta y cinco años. Es fuerte y guapo y gana mucho dinero, pero no está casado.

Nos sentamos a cenar y mi anfitrión pidió a Dios que bendijese los alimentos que íbamos a comer. Pareció oírle. La comida estaba realmente deliciosa y mi anfitriona parecía muy contenta cuando su hijo pidió que le sirvieran por segunda vez.

"¿Te acuerdas de Arthur?", preguntó bruscamente unos minutos más tarde. Descubrí que Arthur era un amigo de su club de estudiantes del colegio.

"Sí, por supuesto que sí —contestó su madre—. Siempre me gustó mucho Arthur. Tan bien educado. ¿Dónde vive ahora?"

"En la cárcel", le informó su hijo.

"¿Oh, no puedo creerlo —gritó su madre—. ¿Por qué demonios está en la cárcel?"

"Porque mató a su madre".

"No me parece divertido, cariño. No debes bromear con esas cosas", le dijo su madre.

"No estoy bromeando", dijo el hijo.

"¿Por qué la mató", preguntó su madre.

"Porque no le gustó cómo le había preparado los huevos una mañana para desayunar".

Mi amigo, que hasta ese momento había estado escuchando la conversación en silencio,

quedaban en Baltimore, para comer cangrejos fritos de Maryland o cola de langosta con mantequilla. Después de unos cuantos coñacs Alexanders, le pregunté con discreción lo que quería discutir conmigo.

"La desaparición de los anglosajones como factor en la vida de los Estados Unidos", dijo. Sonaba a título de tesis.

Empezó por un análisis político del poder en declive de la población anglosajona. Había formado parte del personal de un diputado de Maryland y durante muchos años había visto desde dentro los aspectos profesionales de la política: es decir, la manera en que uno consigue que le elijan. Dijo que, excepto cuando se vota al Presidente de los Estados Unidos, no dependía de la postura del candidato en los temas principales. La mayoría de los americanos, me dijo, votaban a los candidatos de su mismo origen étnico o a algún otro que tuviera estrecha relación con él, en una elección del Estado o municipal, y la tendencia de los grupos étnicos a vivir en el mismo vecindario hace que sea indispensable pertenecer a ese grupo si uno quiere salir elegido. Así, en la ciudad de Nueva York, donde viven ahora dos millones de judíos, es muy probable que el candidato que gane sea judío. Uno tiene que ser irlandés católico para ganar en Boston; de origen italiano, polaco o mejicano en otras ciudades; escandinavo en algunas regiones del Middle West; o negro en sectores rurales del Sur y en un número creciente de los núcleos urbanos del Norte.

"Los anglosajones ya han perdido el control del Congreso", declaró, "y de la mayoría de las grandes ciudades. Todavía tienen la presidencia, pero los dos últimos portavoces de los Estados Unidos en las Naciones Unidas han sido negros, y los tres principales consejeros de la Casa Blanca, con Nixon, eran todos alemanes de primera o segunda generación. El vicepresidente era griego, pero él por lo menos había nacido en los Estados Unidos. ¿Conoce usted otro país que permita a un extranjero ocuparse, como Henry Kissinger, de los asuntos exteriores? El principal consejero de Carter para asuntos exteriores tiene nombre polaco, del que nadie que yo conozca se puede acordar, y mucho menos puede deletrear o pronunciar". (Yo tampoco, pero lo busqué: es Zbigniew Brzezinski).

Los anglosajones también han sido expulsados del control de los mass-media, que tienden a ser sobre todo judíos y que se concentran en Nueva York. Los negros dominan la música y los deportes de la nación, mientras que los italianos, igual que en los días de Capone, siguen siendo todavía los gangsters más eficientes.

"El último bastión del poder anglosajón", dijo mi joven amigo, "es económico. Todavía tienen más dinero que los demás, y lo único que quieren ahora es conservarlo. Sin embargo, no hacen nada especial para ello. Los anglosajones que tienen hoy un negocio —y cuyo número es cada vez menor— son los hijos o los nietos o los bisnetos de los que ganaron el dinero. No tienen ni talento ni espíritu aventurero. Simplemente piensan que es 'natural' que ellos sean la clase dirigente y piensan que han sido muy generosos compartiendo el poder con los demás en las últimas décadas. Piensan que los demás deben de estarles agradecidos, pero no es verdad. Ahora los otros lo quieren todo. Lo merecen. Todavía no están agotados, como lo estamos nosotros. Todavía piensan



que se encontraba dentro de la propiedad, el cual durante muchos años había sido el principal abastecimiento de agua de la ciudad, sin duda contaminado incluso hasta hoy por las emanaciones fantasmagóricas de los antepasados de mi madre, cuyos huesos reposan en la parte que la ciudad inundó.

Sólo queda una casa de esa época hoy en Baltimore. Ha sido convertida en museo municipal y se ha instalado un restaurante en su interior. Se pueden visitar con un guía todas las habitaciones de "Hampden" donde yo solía jugar cuando era niño con mi mejor amigo. Mi amigo había muerto. Se suicidó, exactamente igual que su madre.

La última vez que visité la ciudad me puse en contacto con otro amigo de la infancia. Había estado en tratamiento por un "problema de alcoholismo" y, con ayuda de sus amigos, dijo que se encontraba verdaderamente "mu-

explotó de repente: "¿Quieres decir que Arthur vivía todavía con su madre?"

Sin embargo, nadie le hizo caso. Su mujer dijo que Arthur era un monstruo..., un degenerado... Buscó en su vocabulario un epíteto que expresase su indignación... ¡Quién puede matar a su madre después de haberle preparado el desayuno!

Sugerí con tacto que si un crimen parecía totalmente irracional, el criminal, sin duda, lo sería también. Pregunté si Arthur era adicto a las drogas.

"No más que cualquier otro", dijo el hijo. Y los cuatro nos quedamos en silencio...

El hijastro de mi amigo me preguntó si quería ser su invitado unos cuantos días después. Dijo que podríamos hablar con más libertad en un restaurante. Me llevó al restaurante más distinguido de Green Spring Valley, donde iban todavía los últimos aristócratas que

que, en los Estados Unidos vale la pena esforzarse para llegar a la cima. Quieren trabajar mucho para llegar a ella, mientras que los anglosajones, ahora, están experimentando nuevas formas de vida, esposas negociantes, inventando nuevas religiones y nuevas formas de psicoterapia —que quizá es lo mismo—. Ya no les interesa su trabajo; les interesan sus horas de descanso. Los fines de semana se están haciendo cada vez más largos. Ya no vale la pena tener citas de negocios los viernes por la tarde ni los lunes por la mañana. También han descubierto el sexo. Desde estos últimos años se ha producido una explosión de pornografía. Uno va a casa de la gente, ahora, y en lugar de sentarse en el salón y ver la televisión, cosa que ya estaba mal, le enseñan a uno películas hechas en casa y en las cuales ellos son los actores. Después le preguntan a uno si quiere hacer una película con ellos y el marido le ofrece a uno su esposa. Te dice que se divierte más haciendo fotos".

Se levantó. Me dijo que tenía que hacer una llamada telefónica. Volvió un poco después, ahora parecía mucho más deprimido. Había llamado a su "novia", para pedirle que viniera con nosotros, pero no iba a poder venir. Quería levantarse mañana a las seis e ir a Misa por la mañana temprano y también quería que él fuese a Misa. "Es católica", me dijo. Sin embargo, a pesar de esto había estado casada tres veces. Todos sus maridos la habían pegado. El último marido la había estado pegando con una cadena de bicicleta. Le pregunté si él también tenía pensado pegarla. "No, yo soy protestante", me dijo. ■

## Frenazos y acelerones

Los "expertos" en asuntos americanos de las publicaciones europeas dicen a su lectores, cada vez que hay elecciones en Estados Unidos, que los términos "derecha" e "izquierda", tal y como se emplean en Europa, no existen en América, lo cual es tan serio como decir que los americanos beben coca-cola para desayunar y comen conservas. La realidad es que el público americano ha elegido como presidente, en los últimos cincuenta años, a cuatro conservadores, y a ocho hombres que, en términos europeos, se considerarían como socialdemócratas. Ningún otro país capitalista importante ha votado tanto a la izquierda en el mismo período de tiempo.

No hay ningún partido marxista importante en Estados Unidos —como tampoco lo hay en Alemania Occidental ni en Inglaterra—, pero es erróneo suponer que no existe ninguna lucha de clases en estos países o que no hay expresión política.

Hace medio siglo, después del "crac" financiero de 1929, del cual Estados Unidos fue la víctima principal, fue cuando la diferencia de clases en la sociedad americana empezó a reflejarse por primera vez en los principales partidos. Hasta entonces el Partido Demócrata había sido especialmente fuerte en el Sur semifeudal, que tenía nostalgia de la esclavitud que Lincoln, un republicano, abolió.

Esta división regional, anacrónica, de los votantes de la nación, desapareció en la época

de la Gran Depresión, durante la cual se constituyeron nuevas alianzas. Los republicanos, desde la muerte de Lincoln, habían caído bajo el dominio de la nueva clase burguesa del Norte que pensaba que la mejor forma de gobierno era una que les permitiera hacer lo que quisieran y, mientras la economía continuó desarrollándose, la mayoría de los votantes del Norte apoyaron esta política del "laissez-faire". Pero el "crac" económico de 1929 y el fracaso de Hoover para resolverlo acabó en una enorme protesta en los comicios de 1932 y la elección de los demócratas por una nueva coalición de los grupos que más habían sufrido el mal funcionamiento del sistema económico: la clase trabajadora, los desempleados, los inmigrantes que acababan de llegar, los judíos, los negros, gran parte de los granjeros más pobres y las clases bajas.

El New Deal fue precisamente todo lo contrario del laissez-faire. Era la primera vez que se aplicaban en todo el mundo los principios relacionados con el nombre del economista inglés John Maynard Keynes. La Gran Depre-

mular el poder del consumidor, dando subsidios directamente a los que tenían los ingresos más bajos. Los fondos públicos se tenían que utilizar para "cebar la bomba" para que las aguas de la recuperación subieran, para facilitar y para estimular así indirectamente la inversión, en vez de que pasase "con cuantagotas" directamente del inversor al desempleado. Fue esta interpretación "izquierdista" de los trabajos de Keynes la que colocó al Partido Demócrata en la misma posición durante el medio siglo siguiente, respecto de los republicanos, a como el Partido Laborista de Inglaterra o los socialdemócratas alemanes respecto de los conservadores británicos o los cristiano-demócratas germanos, que defienden la aplicación "derechista" de las teorías de Keynes: la intervención del Estado para fomentar la industria privada. A partir de la segunda guerra mundial, ningún Gobierno de los Estados Unidos se ha atrevido a volver a la política del laissez-faire como se había hecho en las tres Administraciones republicanas de los años veinte. El próximo noviembre, los republica-



sión había destruido la creencia en los mecanismos "auto-reguladores" y espontáneos del capitalismo adorado por los economistas políticos clásicos, desde Adam Smith hasta Herbert Hoover. Keynes era un ardiente defensor del sistema capitalista, pero pensaba que cuando el capital y el trabajo de un país estaban "subempleados", el Gobierno debía intervenir a través de una política fiscal y monetaria que fomentara la inversión de capital y el poder de consumo. Durante los primeros años de su primer mandato, Roosevelt intentó llevar a cabo la primera parte de este programa utilizando fondos públicos y leyes para estimular la inversión privada, pensando que este dinero crearía nuevos puestos de trabajo para llegar al final "con cuantagotas" a los que más sufrieron con la depresión. El déficit presupuestario resultante era tan poco ortodoxo, sin embargo, que los hombres de negocios temían que el Gobierno pronto iría a la bancarrota y no invirtieron su dinero. Entonces Roosevelt empezó a desplazar los fondos para esti-

mos, encabezados por Ronald Reagan, intentarían hacer esto, creando una coalición de grupos que están totalmente insatisfechos con el mal funcionamiento del sistema económico que prevalece hoy: "El Estado de bienestar social" que Roosevelt creó en los años treinta.

Lo cierto es que las medidas gubernamentales que se utilizaron con éxito relativo para desviar incipientes recesiones y para financiar el índice de crecimiento sin precedentes de la posguerra ya no funcionan. En América ha crecido toda una generación de economistas que creen que el sistema económico es un vehículo que se debe conducir con un volante, frenos y acelerador: aumentando los gastos públicos cuando disminuyan los negocios privados, facilitando los créditos y disminuyendo los impuestos cuando los consumidores no gastan, y utilizando el proceso contrario cuando la aceleración es demasiado rápida y hay peligro de inflación. Pero en los últimos años estos expertos han sido como el conductor de un coche que empieza a dar bandazos de un



lado a otro y sus intervenciones no parecen tener el mismo efecto corrector que antes. Es natural que en estas condiciones, los pasajeros se encuentren incómodos y critiquen al conductor del coche que en este momento resulta ser Jimmy Carter. El mal funcionamiento del coche empezó por lo menos hace diez años.

Este sistema no permite que la política influya en la economía. Teóricamente, para equilibrar la producción y el consumo, previniendo así las depresiones cíclicas como la de 1929, el Gobierno está dispuesto a gastar menos y a aumentar sus impuestos cuando la economía nacional esté en auge. Pero en la práctica los políticos tienden a evadirse de tales medidas, porque disgustan a los votantes. Esta persistente forma de conducir es inflacionista a la larga. Está reforzada por el efecto de las camarillas políticas que representan a los grupos de presión y presionan en el Congreso americano para gastar los fondos públicos en proyectos que les reportarán beneficios. Y, por supuesto, la medida más inflacionista de todas fue la intervención de Estados Unidos en Vietnam.

Pero la razón principal para este fracaso del mecanismo de gobierno es el hecho de que se basa en la suposición de que las ruedas responderán a la presión de las manos del conductor sobre el volante. Se supone que los productores y los consumidores de un país están unidos todavía los unos a los otros por leyes de economía competitiva y que el Gobierno puede variar la dirección que está tomando la economía, manipulando todos los factores que determinan sus decisiones, aumentando o disminuyendo la cantidad de dinero que viene de créditos, aumentando o disminuyendo los impuestos, subvencionando unas actividades y penalizando otras. Esta clase de medidas, sin embargo, se está haciendo cada vez menos efectiva bajo las condiciones en que se aplican hoy.

El crecimiento de empresas multinacionales durante las dos últimas décadas ha producido un cambio cualitativo en la economía de Estados Unidos. El objetivo primario de las multinacionales es reducir el riesgo de la competencia normal, hasta el punto de que todos los elementos que influyen en el beneficio estén protegidos y así ya no se sientan tan afectados por la manipulación del Gobierno como solían estarlo antes. Su complejo sistema de contabili-

dad les permite transferir beneficios de una jurisdicción fiscal a otra —incluso a un país extranjero— y declararlos donde los impuestos sean menores, mientras que registran pérdidas en algún otro sector de sus operaciones que les permiten reembolsos de sus otros impuestos. Pueden financiar una gran proporción de las inversiones de su capital de sus propias reservas y así se ven menos afectadas por la manipulación del Gobierno en el índice de interés sobre los créditos que las corporaciones más pequeñas se ven obligadas a pedir a los Bancos. Las multinacionales también se encuentran en una posición muy fuerte para imponer los precios que quieren, no importa lo que el Gobierno intente hacer para detenerlos, ya que un montón de corporaciones gigantes controlan ahora la mayor parte de las principales industrias. En ningún caso esta ineficacia del Gobierno es más dramática ahora que en relación con la industria del país más estratégica de todas: las multinacionales del petróleo, las cuales durante el último conflicto entre Egipto e Israel ordenaron a los buques cisterna que se dirigían a Estados Unidos cambiar su rumbo y descargar en Japón, donde podían obtener un mayor beneficio en una época en que las reservas de las fuerzas armadas americanas empezaban a ser insuficientes.

La segunda razón para la creciente ineficacia de las medidas gubernamentales para controlar el sistema económico, es el hecho de que los costos de las materias primas que los Estados Unidos importan están aumentando, no como resultado de las especulaciones de las potencias de Occidente que controlan su explotación, como ocurrió en el pasado, produciendo fluctuaciones, pero no cambios a largo plazo. Los precios están aumentando ahora por la creciente escasez de ciertas materias primas, principalmente el petróleo, con lo que se encarecen cada vez más y por primera vez en la Historia esta dirección es irreversible. Este proceso hace que los precios de los productos manufacturados con estas materias primas aumenten en Estados Unidos y así colaboren a la inflación. Al mismo tiempo proporciona a los patronos americanos un incentivo más para reducir otros costes —principalmente el coste de la mano de obra—, instalando nuevos equipos y procedimientos que aumenten su productividad. De esta manera contribuye a un aumento del desempleo. Sin

embargo, el Gobierno no puede hacer nada ante esta situación. Todos los remedios propuestos por los economistas keynesianos para luchar contra la inflación se basan en la reducción de la mano de obra, y todos los remedios contra el desempleo producen inflación, ya que los dos fenómenos tuvieron lugar en fases siguientes a las depresiones cíclicas que Keynes había estudiado, nunca en la misma fase. Cuando los expertos en finanzas del Presidente, por medio de la manipulación del índice de descuento federal, obligaron a los Bancos a un aumento sin precedentes del interés a un 20 por 100, en un intento de refrenar las compras a plazos que habían contribuido a aumentar los precios, el resultado ha sido que la demanda de coches nuevos, de casas nuevas y de máquinas herramienta para producir nuevos bienes que los consumidores tendrían que comprar antes de que aumente el precio, disminuye. Pero esto, a su vez, quiere decir que los trabajadores de estas industrias están empezando a perder ahora su empleo, y de esta manera, probablemente, el índice del interés tendrá que reducirse, para corregir la anterior "corrección".

Jimmy Carter está en una posición parecida a la de los líderes de las otras naciones capitalistas: va continuamente de adelante hacia atrás, intentando evitar primero un peligro y después el contrario. No importa que los pasajeros estén agitados y acusen al Presidente de "indecisión".

Mientras el coche continúa lanzándose hacia adelante, manteniéndose todavía milagrosamente en la carretera gracias a los esfuerzos desesperados de Jimmy, ¿qué sugiere el hombre que quiere ocupar ahora el puesto de conductor? Ronald Reagan, que nunca ha ocupado en Washington ningún puesto en el Gobierno, parece creer que la economía americana no es muy diferente de todos esos caballos que solía montar cuando hacía películas. Dice que no guiará, que soltará las riendas; dice que el coche se guiará a sí mismo al cobertizo. Vamos, que la próxima parte de nuestro viaje será emocionante... ■

## Pobres indignos y ciudadanos honrados

Ronald Reagan dice que no hay ninguna razón para obligar a los americanos a ahorrar petróleo o cualquier otra forma de energía; que tampoco hay ninguna razón para la inflación; que el Gobierno ha creado artificialmente todos nuestros problemas económicos y que él intentará resolverlos, una vez que esté en la Casa Blanca, sencillamente no haciendo nada. Cree que cuanto menos intente el Gobierno regular la economía nacional, mejor funcionará.

Reagan dice que la única razón para tener restricciones de petróleo en Estados Unidos es el no permitir que las empresas petrolíferas obtengan los suficientes beneficios. Dice que los beneficios que sacan hoy en día no les dan el suficiente "incentivo" para explorar nuevos campos petrolíferos, ya que la prospección de los nuevos yacimientos, relativamente inaccesibles, cuesta más de lo que costó encontrar los actuales. Pero si pudieran elevar sus precios lo suficiente para justificar nuevas operaciones, "encontrarían más petróleo en Estados Unidos del que se ha utilizado hasta la fecha".

(Sigue en págs. 54-55)

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

**triunfo**

CONDE VALLE SUCHIL 20  
TEL. 447 27 00\* MADRID 15

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....  
 Apellidos .....  
 Edad ..... Profesión .....  
 Domicilio .....  
 ..... Teléfono .....  
 Población ..... D. Postal .....  
 Provincia ..... País .....

Suscribanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de .....

Deseo recibir los ejemplares por correo .....

Señalo con una cruz  el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

SEIS MESES (26 números)  Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

UN AÑO (52 números)  Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

He enviado giro postal n.º ..... a "TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid".

Sr. director Banco ..... (táchese lo que no corresponda)  
Caja de Ahorros .....

Domicilio de la Agencia .....

..... Población .....

Titular de la cuenta .....

Número de la cuenta .....

Sírvanse tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TRIUNFO.

Fecha .....

Envíennos también este boletín a ..... Atentamente  
TRIUNFO. Nosotros nos ocuparemos ..... (firma)  
de hacerlo llegar a su Banco

#### TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año .....	2.950	3.740	3.170
	6 meses .....	1.750	2.150	1.860
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año .....	4.920	6.370	5.620
	6 meses .....	2.990	3.710	3.340
AMERICA Y AFRICA	1 año .....	4.920	6.370	8.600
	6 meses .....	2.990	3.710	4.800
ASIA Y OCEANIA	1 año .....	4.920	6.370	10.890
	6 meses .....	2.990	3.710	5.970

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunta a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas —excepto con OPEC, S. L. de Madrid—, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitas a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista a través de OPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

## SALVADOR BORRAS, A LINTAS MADRID

Lintas Madrid acaba de incorporar a su equipo creativo a Salvador Borrás. Durante varios años ha ejercido el cargo de art director en las agencias francesas Synergie, Dupuy y Snip. Ha colaborado como "free-lance" en Don Wise, de Nueva York, y ha sido director artístico de Rinascence, en Milán. En el campo de la creatividad de modas, ha intervenido como "metteur en page" en las publicaciones "Elle", "Jardin des Modes" y "Marie France", en esta última como director creativo. También ha colaborado estrechamente con "Vogue Fashions" en Estados Unidos. Su experiencia publicitaria en España es muy amplia, abarcando a firmas internacionales como Citroën, Kodak, Seiko, Swissair, Lan Chile, Avianca, Aerolíneas Argentinas, Martini, González Byas, etcétera, entre otras. Con esta incorporación, Lintas Madrid viene a potenciar su capacidad de trabajo, dado el desarrollo que últimamente están experimentando sus cuentas. ■

## PRIMER VIDEO CLUB EN ESPAÑA

Ha quedado constituido en Madrid el primer VIDEO CLUB DE ESPAÑA, que dispone de más de 300 títulos de películas de largometraje en videocassette. VIDEO CLUB

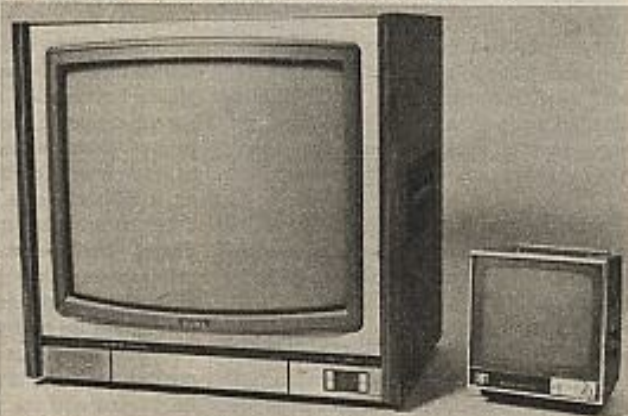
DE ESPAÑA posee la más importante videoteca privada del mundo en lengua castellana y tiene como uno de sus fines primordiales la difusión de temas culturales, enseñanza acelerada y formación profesional continuada, por los sistemas audiovisuales de video-cassettes, además del intercambio de video-películas. Con ello, España se sitúa en la vanguardia de los países de Europa en material grabado en video-cassette. VIDEO CLUB DE ESPAÑA se ha instalado en Madrid, calle Orense, 70. Teléfonos 279 25 77 y 279 21 97. ■

## UN MILLON DE PESETAS PARA EL PRIMER HOYO-EN-UNO DEL BENSON OPEN DE ESPAÑA

Benson and Hedges estableció un premio extraordinario de un millón de pesetas para el primer jugador que consiguiera hacer uno de los hoyos de un solo golpe, en el torneo Benson Open de España, que se jugó en Valencia recientemente. El hoyo en que se puso en juego este premio era el número 8 del Club Escorpión, donde se celebró el Campeonato. Se trata de un par 3 de 226 metros, el más largo par 3 del campo. El nuevo premio de un millón de pesetas vino así a sumarse a los más de seis millones con que ya estaba dotada esta edición del Benso Open de España. ■

## SONY GRANDE, SONY PEQUEÑO

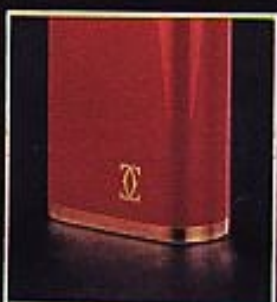
Realmente se trata de un Sony de coleccionista. Es el televisor más grande del mundo, 32 pulgadas. Sony ha querido investigar en el gigantismo y se lo propuso. Producir el televisor más grande. Y aquí está. Este ejemplar, único en el mercado español, se exhibe y presenta en todas las ferias de electrónica. Un paso más, de gigante, de la investigación Sony. ■



les must<sup>®</sup> de *Cartier*  
Paris



GARANTIA DE POR VIDA



ENCENDEDOR CARTIER. GARANTIZADO DE POR VIDA

Toda una mecánica de precisión se encierra bajo su elegante apariencia: la bisagra y la moleta se mantienen ocultas para conservar la pureza única de su diseño.

Su depósito de gas y su mecanismo en bloque son fácilmente recambiables.

Es una concepción única, resultado de la tecnología de vanguardia de Cartier, para conseguir un perfecto funcionamiento de por vida. Con un servicio de mantenimiento asegurado en cualquier punto de venta del mundo. Así es la garantía que Cartier ofrece en todas las creaciones que llevan su nombre.

## U.S.A. 80 (y II)

y pronto "aumentarían su producción a dos o cuatro millones de barriles al día". Los Estados Unidos podrían dejar de importar petróleo prácticamente dentro de "unos cinco años", dice Reagan. Sostiene que la forma de resolver las restricciones de petróleo es que el Gobierno deje de controlar los precios y permita que las compañías petrolíferas pongan el precio que quieran.

Se podría suponer que el resultado de autorizar un aumento en el precio nacional del petróleo sería aumentar los precios de todos los otros productos proporcionalmente a la energía que cuesta fabricarlos y, de esta manera, se daría un impulso tremendo al índice de inflación, que ya ha alcanzado el 20 por 100 anual. Sin embargo, Ronald Reagan dice que no es verdad. Dice que los patronos no habrían aumentado sus precios si el Gobierno hubiese reducido los impuestos. Propone para los próximos tres años una reducción de un tercio de los impuestos sobre los ingresos de las compañías y de las personas. Esto, añade, "restaurará el incentivo para producir, aumentando los puestos de trabajo y proporcionando las mercancías y los servicios que reducirían las presiones inflacionarias".

Sin embargo, si el Gobierno reduce sus propios ingresos, tendrá que pedir prestadas tales sumas de dinero que la inflación será mayor que nunca, ya que un aumento de la deuda pública en combinación con el proyecto de "impuestos-regalo" aumentaría la presión de la demanda sobre el suministro de mercancías y servicios. La única solución al dilema del Gobierno es, por tanto, refrenar los gastos en una suma equivalente a reducir la tercera parte de sus impuestos, eliminando gastos "innecesarios" del Gobierno: la parte esencial del programa de Reagan.

¿Qué gastos eliminaría? El gasto principal es, por supuesto, el presupuesto del Ejército. Reagan no propugna una reducción. Quiere gastar en la CIA y en las Fuerzas Armadas más dinero del que el Gobierno está gastando ahora, de manera que América pueda "hacer ver su fuerza militar" en cualquier crisis por la que atravesase, una vez que él esté en la Casa Blanca.

Esto deja dos direcciones importantes para reducir gastos: en primer lugar, los "burocratas", que regulan las actividades de los ciudadanos privados y de las compañías; después, "los pobres indignos", es decir, los "casos de beneficencia", ya que son demasiado tramposos o demasiado vagos y que, en vez de buscar trabajo, viven de los subsidios que les proporcionan "los ciudadanos honrados", que tienen que entregar una parte creciente de sus ingresos para mantenerlos. Obligando a trabajar a los que realmente no necesitan asistencia, dice Reagan, no solamente resolvería el problema de la inflación, sino que, al mismo tiempo, disminuiría el desempleo y habría una reducción tajante de los crímenes cometidos en todas las zonas urbanas de la nación por jóvenes ociosos.

Q. E. D. (\*). La manera de conducir la economía nacional es soltando los frenos y pisando el acelerador, y, aunque algunas personas

que estén debajo del coche queden aplastadas, no intentar guiarlo. Es tan simple que uno se pregunta por qué nadie se ha dado cuenta antes de esto. "Lo llevo diciendo en todos mis discursos desde que empecé en la política —dice Reagan, que tiene sesenta y nueve años—, pero nadie me ha escuchado nunca hasta ahora".

¿Por qué le escuchan hoy? Porque gran parte de América está suspirando por los "viejos buenos tiempos", en que las cosas eran sencillas. No es fácil, por ejemplo, explicarle a mi amigo Willie que no podrá iluminar su magnífica mansión recién estrenada con todos los focos que ha instalado a su alrededor. No entiende por qué se verá ahora obligado a ahorrar energía. No es justo; han cambiado las reglas y ahora, cuando él estaba ganando. Durante la Gran Depresión, cuando su familia era pobre, tenían que apagar las luces para poder pagar la factura de la luz. Ahora, que tiene todo el dinero que necesita, le dicen que no puede gastarlo. Todo lo que el Gobierno debería hacer es enviar a nuestro Ejército a Pakistán —donde quiera que éste esté— y obligar a los árabes a aumentar la producción de petróleo que nos envían... Y no meterse en Israel, añade Willie, convencido, como la mayor

parte de sus compatriotas, de tener una base moral para actuar.

Willie solía ser materialista militante —un materialista dialéctico, me hubiera dicho hace treinta años— y, en cierto sentido, todavía lo es. Willie es la síntesis de todo lo que le ha sucedido en el transcurso de su vida. Cuando le conocí era un pobre trabajador y, a menudo, no tenía trabajo. "Viniste al partido como una especie de protesta. Yo vine al partido por odio", me confió la última vez que le vi. Hace treinta años era mejor ser como Willie —"un trabajador con conciencia de clase"— que un intelectual interesado en los valores morales, y para todos los buenos estalinistas todavía lo es. Algunos de los "trabajadores con conciencia de clase" que vivieron en Rusia en 1950, en estas fechas se han abierto ya camino en la sociedad soviética, y ahora tienen casas exactamente iguales que las de Willie. Todavía tienen conciencia de clase, es decir, que todavía protegen a la clase a la que pertenecen. Eso hace Willie, sin embargo, no sin una cierta culpabilidad, ya que es consciente del hecho de que ha cambiado de clase. Sobre esto es ambivalente: está a la vez orgulloso y avergonzado de su nueva condición. No sería fácil convencerle de que "lo único que le queda por perder son sus cadenas". Puede "perder un mundo", igual que millones de americanos como él, que han pasado de la pobreza a una cierta abundancia en una misma vida. Tienen miedo de que les puedan quitar esta abundancia. Algunos de ellos, como Willie, son "ex trabajadores" que se han pasado a la burguesía, pero a los que todavía les obsesiona la pobreza que han dejado tras de sí. Algunos de ellos son trabajadores muy bien pagados, otros son miembros de las compañías, pero están tan ansiosos de defender sus intereses como cualquiera de los trabajadores que conociera Marx, aunque definan su clase de manera distinta a como lo hiciera Marx.

La forma tradicional de la guerra de clases, la que ha jugado el papel más importante en la política americana durante los últimos cincuenta años, oponía a los trabajadores y a los patronos, con la clase media, apoyando primero a los unos y después a los otros. Sin embargo, con el pretexto de una "revolución de impuestos", los seguidores de Reagan quieren demostrar que ahora no importa quién tiene las fábricas o las máquinas: ningún particular solo puede ser el propietario, así que no importa en realidad que pertenezcan al "Estado" o a una gran compañía. Dicen que hay dos clases hoy en América, que son los que se benefician y los que sufren la redistribución de los ingresos de la nación por los elevados impuestos y por su despilfarro: los que reciben más de lo que dan y los que piensan que pagan más de lo que reciben. Los republicanos piensan que ahora los americanos se identifican más con el segundo grupo que con el primero y que constituirán la nueva mayoría que necesitan para gobernar.

Por supuesto, los patronos estarán todavía a favor de los republicanos en 1980, pero el candidato no es el que hubieran elegido la mayoría de los ejecutivos de las grandes corporaciones. Están a favor de Reagan para reducir el control y los impuestos. Reagan ha ofrecido, incluso, derogar la ley que establece



Reagan, en los 50, actor de Hollywood.

(\*) "Quod erat demonstrandum", lo que queríamos demostrar (nota del traductor).



Reagan, en los 80, candidato a Washington.

el salario mínimo. Sin embargo, tienen miedo de que pueda inclinarse demasiado a la derecha y, destruyendo la seguridad social, suprima la válvula de seguridad que ha impedido el desarrollo del descontento revolucionario en Estados Unidos hasta ahora. También tienen miedo de su ignorancia en política exterior. No les tranquiliza que en un discurso parezca no conocer la diferencia entre Afganistán y Pakistán, mientras que, en otro, confunda Indonesia con Indochina. Tienen miedo de que, cuando dice que planea usar las Fuerzas Armadas para arreglar las disputas internacionales, realmente tenga intención de hacerlo. Hubieran preferido a un hombre sin imaginación y conocido, como Henry Ford, que estaba respaldado por Kissinger —una señal de que el grupo Rockefeller estaba a su favor—, o al sofisticado ejecutivo del petróleo del Norte, George Bush, el que los seguidores de Reagan denunciaron furiosos como el "caballo de Troya" de "una poderosa coalición de liberales, ejecutivos de empresas multinacionales y banqueros de grandes ciudades".

¿No les recuerdan estas palabras algo que

ya habían oído antes? ¿Una coalición de francmasones, de capitalistas internacionales y de banqueros judíos, por ejemplo? Un partido nuevo, fundado en los años 20, usaba este lenguaje durante la República de Weimar después de que Alemania había perdido la primera guerra mundial, después de que los ahorros de la clase media habían sido barridos por la mayor inflación que Alemania jamás hubiese conocido y los empleos de los trabajadores se habían visto amenazados por una nueva depresión.

Reunió mucho apoyo no sólo de la clase media y de algunos de los patronos, sino de miembros del proletariado e incluso de la gran masa del proletariado.

Cierto número de factores, que estaban presentes cuando los alemanes recurrieron a Hitler, están apareciendo hoy en América: el aumento del desempleo y la inflación; el resultado humillante de la guerra de Vietnam, seguidos de una intensa frustración como consecuencia de la falta de habilidad para liberar a los rehenes de Teherán y un creciente apoyo popular en favor de una acción militar para vengarlos.

Pero el elemento paralelo más molesto es la existencia en ambos casos de una cabeza de turco adecuada:

— Para los problemas internos de América —el aumento de la criminalidad y de los impuestos— es porque los negros nos están robando (del mismo modo que se pretendía que los judíos robaban a los alemanes). Aunque se tiene buen cuidado de no decirlo, todo el mundo sabe que se están refiriendo principalmente a la población negra cuando hablan de "los pobres indignos", que hacen que las calles no sean seguras por la noche, que se niegan a trabajar mientras continúen consiguiendo cheques de ayuda y así, por lo tanto, son los causantes de la inflación y del desempleo, del crimen y de las drogas.

— Para nuestras dificultades en el exterior, son los rusos y sus aliados los que causan nuestros problemas. Casi todos los inmigrantes que han llegado a Estados Unidos en los úl-

timos treinta años han sido los anticomunistas de todo el mundo que han elegido a los Estados Unidos, porque era el enemigo de Rusia en la guerra fría. Han cambiado de nacionalidad y ahora pueden votar en las elecciones americanas. La mayor parte de ellos votarán a Reagan por su postura en la política exterior, mucho más antisoviética que la de Carter.

¿Por cuál de los dos candidatos votará Willie? Probablemente, todavía no lo ha decidido. Willie no se opone a recibir dinero del Gobierno. Está yendo continuamente a Washington para pedir a algún funcionario del Gobierno que le conceda un contrato a la compañía que representa ahora y, cuando va a Nigeria a intentar sobornar a algún funcionario africano para que le haga un pedido, le gustaría que la Embajada americana le ayudase y que, si fuese necesario, los marines también. Por otra parte, no le gusta pagar impuestos. Trabaja mucho —por lo menos solía hacerlo— y no comprende por qué tienen que quitarle su dinero para construir escuelas para negros que ni siquiera quieren estudiar. Lo único que quieren es robarle su Mercedes y violar a su hija.

Willie no quiere votar a Carter..., pero tampoco quiere votar a Reagan. Si lo hace, no quiere decir que quiera que Reagan esté en la Casa Blanca, sólo querrá decir que está harto de la humillación americana de Irán y harto del desempleo y de la inflación; harto de que los impuestos sean cada vez mayores y de que los suministros de petróleo sean cada vez menores, y harto de tener que ser amigo de los países árabes, cuando en realidad los odia; harto de tener que salir del centro de Baltimore a las seis de la tarde, antes del toque de queda no oficial; harto de la igualdad de derechos de las mujeres, de los niños, los homosexuales y de todos los demás grupos a los que él no pertenece. Willie ahora está cansado... y el "jogging" que practica todas las mañanas no parece ayudarle mucho. Sin embargo, si alguna vez se para, todo esto de lo que él huye le alcanzará... ■ THOMAS G. BUCHANAN.

FIN

## FEIFFER

COMO CONSECUENCIA DE LO DE AFGANISTAN EL PRESIDENTE CARTER HA PROHIBIDO LA EXPORTACION DE ALTA TECNOLOGIA A RUSIA.

POR LO QUE RUSIA NO PUEDE DESARROLLAR SUS NUEVOS YACIMIENTOS DE PETROLEO EN SIBERIA.

POR LO QUE RUSIA SUFRIRA RESTRICCIONES DE PETROLEO DENTRO DE CINCO AÑOS.

POR LO QUE RUSIA, PROBABLEMENTE, PENETRARA EN EL GOLFO PERSICO PARA OBTENER PETROLEO.



¿QUE DEBERIAMOS HACER?

LANZARLES BOMBAS ATOMICAS.

SI SE LAS LANZAMOS, NOS LAS LANZARAN.

¿QUE OTRA OPCION SON LAS BOMBAS ATOMICAS?

ENTRAR LA CRISIS EN EL GOLFO PERSICO VENDIENDO A RUSIA ALTA TECNOLOGIA.

¡IMPACIAMIENTO!

LAS BOMBAS ATOMICAS SON MAS PATRIOTICAS.

